COMEDIA FAMOSA.

AL NOBLE SU SANGRE AVISA.

DEL MAESTRO TOMAS MANUEL DE PAZ.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Alexandro, *Rey*.
Carlos, *Galan*.
Astolfo, *Viejo*.
Federico, *Viejo*.
Aurelio, *Conde*.
Diana, *Duquesa*, *de Mantua*.
Estrella, *Dama*.
Flora, *Criada*.
Alisio, *Criado*.
Pilon, *Gracioso*.
Música, *y Acompañamiento*.

JORNADA PRIMERA.

Salen Astolfo, *vestido de pieles*, *con barba blanca*, *y Federico de Villano*, *tambien con barba*, *que será entrecana.*

Fed. YA, Astolfo, y señor, que el Cielo,
para alivio de mis penas,
ha permitido te hallase
al tiempo que en la maleza,
para mi formé sepulcro,
aun donde el Sol no me vea.
Ya, pues, que de tus fortunas,
á pesar de la tristeza,
me diste noticia, haciendo
teatro de tus tragedias:
y ya, pues, que de tu alvergue,
sin saber á quien hospedas,
con cariño y con valor,
dueño permites que sea:
y ya que tengo entendido
me mandas, que te refiera
la causa de mi retiro,
en la margen lisongera
descansa de aquesta fuente,
mientras que yo de mis penas
te doy noticia, si acaso
los rigores de mi estrella
no quitan, por mas tormento,
el movimiento á la lengua.

Ast. Solo con esa esperanza
he divertido la queja,
que tan justamente tengo
del silencio á que te entregas,
pues quando recien llegado
no bastó el trage que ostentas
á conocer, que sin duda,
ó es vana toda mi ciencia,
ó encubres un alma noble
entre rústica corteza:
por cuya causa, llevado
del aprecio de tus prendas,
no pude disimular
de mis fortunas deshechas,
tras veinte años de silencio,
el darte noticia de ellas:
y habiendo de tus suspiros
conjeturado en mi idea
ser estraño tu suceso,
te pedi me le dixeras
varias veces; pero tú,
por esas nevadas hebras
de plata, en cristales dabas
mudamente la respuesta:
con lo qual, juzgando haber
hallado quien divirtiera
el peso de mis desdichas,
en mi suerte tan adversa,

que tu pena, Alberto amigo,
hace crecer mas mi pena.
Mas ya que determinado
estás á decirlo, alienta,
que es Astolfo quien te escucha,
que aunque para sus tormentas
no ha habido humano remedio,
puede ser que de manera
sean las tuyas, que se alcance
aun mas de lo que deseas.
Sientase Astolfo.
Ya estoy sentado, prosigue,
que si no miente mi ciencia, *ap.*
del prodigio de tu historia
tendrá fin mi suerte adversa,
como me avisan los Astros.
Fed. Deme quien soy fortaleza:
Nápoles: (aun no he empezado,
y ya siento que flaquea)
Nápoles, pues, Noble Astolfo,
que de su Reyno Cabeza
es (maravilla del mundo)
fue la parte donde ordenan
los Cielos que recibiese
la mas ilustre Nobleza,
que del Rey abaxo vieron
de su Rey de Armas las letras.
Naci, pues, su Condestable....
Ast. Válgame el Cielo! *ap.*
Fed. Aqui empieza
con mas atencion á oirme,
suplicándote que adviertas,
que mi nombre es Federico,
que mudarle fue advertencia
que ya tendrás conocida:
fui de mi Reyno la estrella
mas inmediata del Sol,
pues siempre del Rey tan cerca
estuve, que me ilustraban
los rayos de su grandeza.
Tan querido de Rodulfo
me hallaba, que fue cautela
tal vez no admitir favores,
por no dar correspondencia.
Un Argos fui de su gusto,
y el Rey del mio lo era:
(mira qué haria un Vasallo
leal con tanta fineza!)
Cargó el peso del gobierno
sobre mis hombros: (quisiera
decirte que su fatiga
siempre á mi amor fue ligera)
Siendo el Rey mozo, dexó
á mi eleccion que eligiera
la consorte á su persona:
hallóla mi diligencia
en Parma, cuya hermosura
fue á Rodulfo tan acepta,
que con su gusto, y del Reyno,
me partí por su Duquesa.
Entré en Parma, (ay de mi triste!)
recibiéronme con fiestas,
desposeme con poderes,
y la jornada dispuesta
para Nápoles, escucho
en una inmediata pieza
de donde la Reyna estaba,
con dolor y con prudencia,
de una dama el tierno llanto.
Seguí el acento y las quejas:
(que fueron á mis oidos
el canto de las Sirenas)
Hallé á Violante: (perdona
que aqui un rato me detenga,
que como la vi llorar,
y como fue la primera
que por las puertas del alma
robó todas mis potencias,
tambien aqui su memoria
casi me despoja de ellas)
Era de la Reyna prima,
y viendo como la dexa,
y que sin ella se parte,
lloraba por ir con ella.
Supliquéla que la lleve;
aceptó presto su Alteza,
que el amor, á poco ruego,
concede lo que desea.
Parto á Nápoles gozoso,
y con poca diligencia
hallé en Violante cariño;
mas no me espanto, que era
Federico en aquel tiempo,
en la gala y gentileza,
el Adonis de su Reyno:
(qué comparacion tan necia!)
con el amor me olvidé
de la pasada soberbia.

Y por abreviar te digo,
que me desposé con ella
en secreto por entonces:
que quando se unen Estrellas,
ni hay plazo que no se alargue,
ni hay ocasion que lo sea.
Hallóse la Reyna en cinta,
y al mismo tiempo mi prenda:
y estando para sacarla
trazando varias cautelas,
llevó el Rey á Miraflor,
Aldea mia, á la Reyna,
para que en varios Jardines
de su gusto se divierta:
por lo qual tambien Violante
la fue forzoso ir con ella:
y porque admireis, Astolfo,
lo que los Cielos ordenan,
cogió en una noche el parto
á mi esposa y á la Reyna.
Fueron hijos los dos partos,
fingióse mi dueño enferma:
(ocasion que nos valió
el logro que se desea.)
Gustoso el Rey del suceso,
daba ocasion que tuviera
el aliento de mi dicha,
igual la correspondencia,
pasando mi propio afecto,
para con él, por fineza.
Pero viendo que el Infante
el dulce alimento dexa,
con peligro de la vida,
cubrió á todos de tristeza,
y de sentimiento el Rey,
dió señales, que pusieran
(á pasar mas adelante)
á la suya en contingencia.
Viendole casi rendido,
discurro como pudiera
remediar tan grave daño:
y propusome la idea
el remedio, y sin hacer
segundo acuerdo en su audiencia,
aquella noche quité,
con secreto y con cautela,
el hijo del Rey, mortal,
y el mio, cuya belleza
me llevaba el corazon,
dexé entre las Reales telas,
llevando el casi difunto
al ama, sin que lo sienta:
(porque conozcas, Astolfo,
lo que un afecto despeña.)
Aun no los rayos del Sol
de su luz nos daban señas,
quando juzgandose el Rey
sin alma, vida y potencias,
oyó la nueva dichosa,
sin saber cosa tan nueva;
al mismo tiempo que yo,
pesaroso de la empresa,
al ama entro á ver del mio,
y juzgando de hallar muerta
á la causa de mi muerte,
gozaba del dulce nectar,
sin hallarse haber tenido
accidente su flaqueza.
Dió el Rey la vuelta á la Corte,
y tan presto dió la vuelta,
que no pude deshacer
el daño que me atormenta;
porque llevando gozoso
á mi hijo, y á la Reyna,
no tuve mas ocasion:
y asi, señor, me fue fuerza
criar por mio el Infante,
sin hallar modo, ó manera
de desatar este engaño;
y porque mi inadvertencia
tuviese el dolor cumplido,
mi esposa murió en la Aldea
de sobreparto, y quedó,
disimulando la pena,
criando á Carlos, de modo,
que no echára su ignorancia
menos los Reales cariños,
enseñanzas y asistencias.
Salió galan por extremo,
cada accion ponia una flecha
que el corazon me pasaba,
porque la naturaleza
no pudo fabricar hombre
de virtudes tan excelsas
para la Corona: y esto
me traia de manera,
que solo el disimularlo
era batalla sangrienta,

que la templaba la vida
de Alexandro, que este era
el nombre que el Rey le dió
á mi hijo: y aqui es fuerza
no pintar su gallardia,
que puede ser que la lengua,
de la pasion ayudada,
diga mas de lo que intenta.
Corrió el tiempo, hasta que el Rey
casar á Alexandro ordena
con la Duquesa de Mantua;
vine, señor, á su tierra,
capitulé el casamiento,
y mirando á mi conciencia
el daño que la cercaba,
quise, á pesar de mi afrenta,
antes pasar por culpado,
que no encubrir tanta ofensa.
Y habiendo dado el retrato
de Carlos á la Duquesa,
tuve modo de fingir,
que en una caza de fieras,
una me quitó la vida,
y de un Criado de prendas
fio la nueva y papeles:
Estos á Carlos los lleva
entre los quales dispuso
un pliego mi providencia,
sellado, para que al Rey
le dé Carlos, quando sepa
que soy muerto; y en la carta
al Rey le doy larga cuenta
de todo quanto has oido,
sin faltar en una letra,
y con otras circunstancias
tocantes á esta materia.
Y habiendo dicho al Criado
en la parte que le espera
mi persona, me retiro
adonde nadie me vea,
á llorar mi desventura,
pues quiso mi suerte adversa,
que naciese una traicion
de una imprudente fineza.
Y asi, Astolfo, esta es la causa
de mi trage y mi tristeza,
aunque en tan grande desdicha,
dispone el Cielo que tenga
compañia en mis sucesos,
y puerto en tanta tormenta.

Ast. Admirado estoy del caso,
mas no de modo que tenga
imposible su remedio,
que puede ser, quando vea
el Rey la carta, remedie
el dolor que te atormenta;
y si no lo remediare,
tiene el consuelo tu pena,
haber causado este yerro
del cariño la violencia.
Y pues dixiste al Criado
el laberinto en que quedas,
y quedó de darte aviso,
fia de que quando vuelva,
de tu confuso cuidado
te ha de traer feliz nueva.
Yo si que soy desdichado;
(ay dulce y perdida prenda,
blanco donde mi enemigo
quebró la furia sangrienta!)
Vamos, Federico amigo,
que ya de la quarta esfera
dispara el globo de luces
ardientes de fuego flechas:
y para el calor, ya sabes
que es mi estancia mas amena;
además, que puede ser
que hayan de algunas Aldeas
venido por medicinas,
que les previene mi ciencia,
arte que en mis mocedades
me inclinó naturaleza,
como ya te tengo dicho,
de que se sigue que tenga
fama en todo el Apenino,
y mi vejez conveniencias.

Fed. Vamos, Astolfo, y el Cielo
te pague tanta clemencia,
y le pido:: *Ast.* Qué le pides?

Fed. Que halles la luz de tu estrella.

Salen Alexandro, el Conde Aurelio y quatro Musicos

Mus. Coronado de trofeos
el Sol de Nápoles sale,
el valeroso Alexandro,
y Napólitano Marte.
La frente Augusta ceñida
de victorias inmortales

del Cetro, y de la Corona,
heredadas de su padre.
Liberal sus resplandores
á todo el mundo reparte,
que no es luz la que se tarda
un punto en comunicarse.

Alex. Cese el métrico instrumento,
porque mi pena porfia,
y es lisonja su harmonia
al rigor de mi tormento.
A no dar gusto condeno
á mi gusto, pues advierte,
que mi desdicha convierte
el antidoto en veneno.
No canteis mas, despejad,
que no sé por qué razon
atormenta el corazon
el Trono y la Magestad.
Por qué estoy triste apetezco
saber, y no hallo el por qué;
y aunque padezco, no sé
la razon por qué padezco.
Procurara remediar
mi daño, si le supiera,
y es mi desdicha tan fiera,
quanto no poderle hallar.
Tiene su discurso en calma
esta tristeza vehemente,
pues al paso que la siente
al mismo la ignora el alma.

Aur. Hoy que Nápoles la bella
por Rey te vió coronar,
tanta pena has de mostrar?

Rey. No puedo vencer mi estrella,
Conde Aurelio, que el rigor
que el regio triunfo deshace,
sin duda alguna que nace
de causa mas superior:
porque de buena razon,
viendome tan aplaudido,
tan estimado y querido
del Reyno, mi corazon
mas gustoso habia de estar,
y es tanta la tirania
de mi mal, que su alegria
aumenta mas mi pesar.

Aur. El saber no te da aliento
que Federico ha llegado
á Mantua, y efectuado
con Diana el casamiento,
cuya admirable belleza,
dicen que no tiene igual?

Rey. Ni aun eso alivia mi mal;
tal es, Conde, mi tristeza,
que aunque Federico tarda,
ni yo estoy enamorado,
ni padece mi cuidado
el alma del que amando aguarda.
Idos, y las alegrias
haced, Conde, suspender,
hasta hallar, si puede haber,
remedio á las penas mias:
y por si esta pena cesa,
á Velflor te partirás,
que es del Conde, y detendrás,
quando llegue, á la Duquesa.
Procurala entretener,
mientras solicito hallar
alivio en tanto pesar
en su casa de placer,
porque su grande belleza,
fiada en justo contento,
no es bien que un desabrimiento
halle, en lugar de fineza.
Y demás á mas, advierte,
que no salga de Velflor
sin mi aviso, si el dolor
antes no me da la muerte.
Y asimismo partirás
luego al punto al Apenino,
y aquel ingenio divino
de Astolfo le pedirás
que venga á ver mi persona,
y este achaque no entendiendo,
que le daré agradecido,
si le alcanza, mi Corona.
Traele con estimacion,
que segun yo lo deseo,
parece, Aurelio, que veo
libre por él mi pasion.

Aur. Con el silencio, señor,
mi obediencia y sentimiento
explico, que mi tormento
no halla lengua á tal dolor.

Vase, y sientase el Rey.

Rey. Ea, Alexandro, ya estás
solo, y aqui en el silencio,
á mi de mi me pregunto

la causa por qué padezco?
No soy Alexandro yo,
del Rey Rodulfo heredero?
pues si nací Rey, qué puede
embarazarle á mi pecho?
Los Reynos que me dexó
mi padre, en paz no los tengo,
y en quietud? pues si es asi,
quién causa guerra á mi aliento?
Si mientras vivió mi padre,
con ser único heredero,
no me tuvo voluntad,
por ser á su gusto opuesto,
y á pesar de sus desvios,
y de su trato severo,
el Reyno todo me amaba
leal, y con tanto extremo,
que llegó á tener envidia
ya su valeroso pecho?
Si entonces me daba pena
mirar su aborrecimiento,
ya estoy libre de sus iras,
y de la Corona dueño,
por lo qual esto no es
la causa de mi tormento:
si el privado de mi padre,
Federico, es de mi afecto
la mas estimada prenda,
y está ausente, no por eso
hay razon para que un Rey,
por un vasallo, aunque bueno,
llevado de su cariño,
haga, por su ausencia, extremos:
si la Duquesa de Mantua,
de su hermosura por dueño
me admitió, y yo no me abraso
en sus divinos incendios,
no será causa tampoco
de este ignorado veneno:
si quando murió mi padre,
con un cuidadoso afecto
me dixo: Alexandro mio,
Federico, á lo que entiendo,
aunque nunca fue casado,
un hijo tiene mancebo,
gallardo, y de ricas partes,
el qual prudente y secreto,
crió fuera de la Corte,
que á su decoro atendiendo,
no se declaró jamás,
por ser el Conde un espejo,
en quien nunca vió vapor
el envidioso, ni el cuerdo.
Llamase Carlos, y fio
que harás, pues yo te lo ruego,
que en él vea Federico,
si á sus servicios atiendo::
Este cuidado, tampoco
puede causar en el centro
del alma ningun cuidado,
pues yo á Federico quiero
de manera, que ha de ver,
que es dar con fineza el premio:
y asi, en aquesta atencion
de mi padre, y su precepto,
no puede haber pena alguna,
por ser lo que mas deseo.
Sale Alis. Grandes novedades miro! *Ap.*
el Rey está aqui. *Rey.* Qué es esto?
Alisio, seais bien venido.
Alis. No cabe en mi entendimiento
el dar las nuevas que traigo,
con lo que pasa en el Reyno:
y asi, Carlos Gran señor,
del Condestable heredero,
las diga en vuestra presencia,
si le concedeis primero,
por hijo de Federico,
la licencia para hacerlo.
Rey. Si en Nápoles está Carlos,
cómo negarsela puedo?
Salen Carlos, vestido de gala, y Pilon.
Carl. Si señor, y á vuestros pies.
Rey. Serán mis brazos primero.
Carl. Si toco del Sol los rayos,
temeré abrasarme en ellos.
Pil. Si sois el Sol de la tierra,
con las plantas me contento.
Carl. Aparta, loco. *Rey.* No gozan
los Condestables del Reyno
con riesgo su ardiente esfera:
no sé qué al mirarle siento! *Ap.*
que me causa su persona,
al paso que amor, respeto,
y no sé qué oculta causa
me templa el dolor al verlo.
Carl. Con tantas honras, señor,
muy bien atreverme puedo

á daros parte en mi pena,
para que pueda mi pecho
tener seguro el alivio
en tan grande sentimiento.
Despues que en Mantua dexó
efectuado el empleo
con vuestra esposa mi padre,
estando cercano el tiempo
de su venida, un caballo
en una caza, soberbio
le despeñó, á cuyo golpe
la coluna que el Imperio
sustentaba, dió la vida.

Rey. Válgame todo mi aliento!

Carl. Y al salir á daros parte,
supe como todo el Reyno,
por muerte del gran Rodulfo,
que pisa hermosos luceros,
vuestro triunfo Real celebra;
por cuya causa, depuesto
traigo el trage que pedia
el natural sentimiento.
Entre la ropa y papeles
que Alisio me dió, hallé un pliego
sellado, y su sobreescrito
para vuestro padre; y viendo
que acaso puede importar
á la Corona el secreto,
á vuestros ojos le traigo,
pues vos solo podeis leerlo.
Y asimismo, gran señor,
pues han querido los Cielos
que logre vuestra presencia,
rendido os ofrezco á un tiempo
el pesame, y parabien
del triunfo, y del sentimiento,
de quien me ha cabido parte
tanta, que deciros puedo,
no sentí de Federico
el lamentable suceso
tanto, como de mi Rey
estoy ahora sintiendo.
Esta es la carta. *dasela.*

Rey. Mostrad,
y porque veais que agradezco
ese dolor igualmente,
os aseguro y advierto,
que he sentido á Federico
de modo, que no prevengo,
si al morir el Rey, sentí
el dolor que ahora siento.

Abre la carta, y la lee él para sí.

Alis. Lo que intenta Federico *ap.*
por ningun caso comprendo;
pero á mi el obedecer
me toca, y guardar secreto.

Pil. Este es el Rey? yo pensaba
que era algun Gigante fiero,
como el de Olias, á quien
dió la muerte el Rey Salmero.

Rey. Raro prodigio! ya hallé *ap.*
de mi accidente el remedio;
sin duda que el Condestable
fue padre mio, si advierto
tanto amor en Federico,
como en Rodulfo despegos:
ademas, que es un retrato
Carlos del mismo Rey. *Carl.* Cielos,
en esta carta qué traxe,
que hace el Rey tantos extremos?

Pil. Parece danza de monos,
que se explican con los gestos.

Rey. Y el templarse la tristeza, *ap.*
es evidente argumento
de haber hallado la causa
de mi mal, si considero
á mi sangre, repugnando
lo soberano del puesto,
y que no repugna el darle
á Carlos el Solio Regio;
y mas quando Federico
fue Vasallo tan atento,
que no nació el Sol tan puro,
como él lo fue en su gobierno:
ademas, que si él quisiera
fingir este engaño, es cierto
que no abrazara mi sangre
la nueva con tal sosiego;
y asi, sin duda ninguna,
eran su pecho y mi pecho
un relox, cuya lealtad,
por faltarle, andaba inquieto.
Descubrió el mal, y murió,
dexando su movimiento
tan sin gobierno en el mio,
que solo siento sosiego,
quando el remedio que él tuvo
admito por mi remedio.

Y asi, pues mi noble sangre,
de este ignorado tormento
me avisa, le daré á Carlos
la Corona; y sepa el Reyno
que no hay traicion sin malicia;
porque si hay nobleza, es cierto
que no callará su sangre
el mas ignorado riesgo.
Pero vamos poco á poco,
que aunque todo es verdadero
quanto he dicho, no es posible
arrojarme á lo que intento;
y asi, antes de casarme,
con mas prudentes acuerdos
exâminaré si es Carlos
digno del Solio Supremo.
Y pues el Cielo conoce
la intencion mia, le ruego,
que si es suya la Corona,
me descubra fundamentos
mas claros que los que toco,
y conozca el Universo,
que es la Nobleza el crisol
de virtud, lealtad y exemplo:
esto ha de ser, llega, Carlos.

Carl. Qué decis, señor?

Rey. Que vuelvo
á darte otra vez los brazos,
que he logrado gran festejo
en haber visto esta carta.

Carl. Hasme tenido suspenso,
que juzgué efecto contrario.

Rey Y por pagar lo que debo
á Federico tu padre,
todos los honores Regios
de que en la Corte gozaba,
te los vuelvo á dar, y quiero
que tenga mi Monarquía
sobre tus hombros el peso,
porque hijo de tal padre,
es evidente argumento,
que para empresas mayores
habrá heredado el acierto.

Carl. No sabe, señor, la lengua,
al ver tan grandes excesos
de amor, pronunciar respuesta;
y asi, el agradecimiento,
pues en palabras no cabe,
explique por mi el silencio.

Pil. Y qué le das á Pilon.

Rey Eres tú Pilon? *Pil.* El mismo.

Rey. Gracioso nombre teneis.

Pil. Es de pila por lo menos:
el caso fue que mi madre,
en el pilon de mi Pueblo
estaba lavando un dia,
era flaca de celebro,
(aunque no de beber agua)
cayósela el envoltero
de la ropa, fue á cogerle,
era el ovillo travieso,
y por cogerle, cayó
de pies y cabeza dentro.
Estaba de mi preñada,
y con el susto, se abrieron
las ventanas de mi casa,
y salí con gran despejo
entre las pares nadando,
por cuya causa me dieron
el gran nombre de Pilon.

Carl. Dirá dos mil embelecos,
no hagais caso, que es un loco.

Rey Que me divierte os confieso:
di que te den cien escudos.

Pil Quién, señor? *Rey.* El Tesorero.

Pil. Pues pidole á Dios que vivas
tanto, como has de estar muerto.

Rey. Alisio. *Alis.* Qué es lo que mandas?

Rey. Pues ya, segun lo que advierto,
hoy llegará la Duquesa
de Mantua, preven que luego
esten postas prevenidas,
porque esta noche pretendo
con Carlos ir á Velflor:
y á lo que veas, te advierto
no te des por entendido,
que te va la vida en ello.

Alis. Sin prevenirme, señor,
sé obedecer con secreto:
ven conmigo. *Pil.* No quisiera
que se anublasen los ciento. *vans.*

Rey. Carlos. *Carl.* Señor.

Rey. Porque veas
lo que fio de tu ingenio,
y de tu lealtad, escucha.

Carl. Solo busco obedeceros.

Rey. Pues has de saber (no estrañes
tal caso) porque los Cielos,

para logro de mi dicha,
parece que te traxeron,
que aunque procuro casarme,
antes, amigo, pretendo,
saber si acaso la Reyna
me tiene amor verdadero,
que muger por conveniencias,
mas que amor, es cumplimiento,
y no hay concierto en el gusto,
quando es el gusto concierto:
que el interés y el amor,
segun mi dictamen, siento,
que raras veces se halla
que asistan en un sugeto.
Por esta causa, fiado
en tu raro entendimiento,
de que ya tengo noticia,
por primer cosa te advierto
que partamos á Velflor,
trocándonos los sugetos;
tú te has de fingir el Rey,
yo Carlos fingirme tengo,
que la Duquesa no puede
venir en conocimiento
de este caso, porque yo
previne ya aqueste riesgo,
con decir á Federico
diese tu retrato al tiempo
que habia de dar el mio,
para que pudiese luego,
averiguado, decir,
que el de su hijo por yerro
habia dado á la Duquesa.
Y ya que ha querido el Cielo
que logre aquesta ocasion,
prevente, porque al momento
hemos de partir. *Carl.* Señor,
pues qué consigues con eso?
no es fuerza que la Duquesa,
juzgando que soy el mesmo
de quien ya tiene el retrato,
tenga grabada en el pecho
la copia, que por los ojos
le dió la ocasion y el tiempo?
Rey. Puede ser, y si es asi,
saldré mejor con mi intento;
porque aunque hay otro motivo,
que á mi persona reservo,
no busco, Carlos, muger,
que tenga amor tan ligero,
que pueda un retrato solo
robarla el entendimiento;
porque es cosa averiguada,
que quien se rindió tan presto
á la gala de un retrato,
con otro hiciera lo mesmo.
Qué mal sabes mi designio! *ap.*
trazas son que da mi ingenio,
sobre un aviso que viene
de Federico en el pliego,
de aquel retrato de Carlos,
prevenido de remedio,
que dió en Mantua, por si acaso
el Rey previniese cuerdo
deshacer tan grande engaño;
de donde tambien sospecho
que intentaba Federico
retirarse de este Reyno,
si la muerte no atajara,
segun juzgo, sus intentos.
Y asi digo que no es justo,
que quien quiere darle un Reyno,
le empañe, ni aun con la vista,
del honor el limpio espejo.
Carl. Y cómo quereis, señor,
que yo al soberano dueño
reciba, siendo forzoso
los precisos cumplimientos
ofender vuestros oidos,
siendo en tan preciso empeño,
decir la lengua lo mismo
que destierra el pensamiento?
Rey. Eso, Carlos, no te toca,
lo que te toca es hacerlo,
que aunque es verdad que el honor
es un purisimo espejo,
que un breve aliento le empaña,
sabrás ese breve aliento,
si respirar quiere afuera,
hacer que se vuelva adentro.
Esto ha de ser; vamos, Carlos,
que si apuro este suceso,
que al Noble su sangre avisa,
ha de ver el Universo.

Vanse, y salen Diana Duquesa, Estrella Dama, y Flora.

Est. Hermoso sitio, señora.
Dian. Agradable retrato de la Aurora;

no vi cosa tan bella,
esta es Velflor, y con razon, Estrella,
tanto la celebraba el Condestable.

Est. República de flores agradable:
y no es del Rey? *Dia.* No sé que lo sea;
mas aqui, á lo que entiendo, se recrea
en sus melancolías,
que aqui le dan tormento muchos dias
con terribles rigores.

Sale el Conde Aurelio.

Cond. En este sitio de fragantes flores,
donde la naturaleza,
del arte ayudada, tiene
divertidas las potencias,
el cansancio del camino
puede aliviar vuestra Alteza. *á Dian.*

Dian. Conde, venis divertido,
que Diana es la Duquesa:
su prima Estrella soy yo.

Aur. En Mantua la vi, y las señas,
sin duda, tengo perdidas;
perdone vuestra belleza
el yerro de haber tenido
por tanto Sol una Estrella.

Est. Yo quiero tanto á mi prima,
que tomara ser Estrella,
dexando de ser Diana,
por verla con tal grandeza:
ay tan estraño capricho! *ap.*
pero obedecer es fuerza.

Flor. Qué intentará mi señora
con tal mudanza? *Dian.* Su Alteza,
Aurelio, tiene ordenado,
que luego al punto se vuelvan
á Mantua los que vinieron,
supuesto que el Rey ordena,
que en esta Quinta aguardemos
su voluntad, mientras llega.

Aur. Haré al punto se execute,
señora, con gran presteza;
y de camino me parto *ap.*
al Apenino, y quisiera
llevar alas, porque el Rey
saliese de sus tristezas;
aunque no sé yo si Astolfo,
aunque Alexandro le espera,
querrá dexar de su estancia
el gusto; pues cosa es cierta,
que otras veces le ha llamado,
y siempre él sabio se niega,
aunque puede ser que ahora,
importunado, obedezca. *vase.*

Est. Qué es lo que intentas, señora,
con una cosa tan nueva,
como hacer que vuestra esclava
el Rey presuma que es Reyna?

Flor. Tambien yo estoy admirada.

Dian. Escuchame un rato atenta.
Ya sabes, Estrella mia,
que naciste en una Aldea:
vite yo entonces acaso,
desamparada y sujeta,
por haber muerto tus padres,
á la terrible inclemencia
del tiempo; de esto llevada,
y de tu mucha belleza,
ya sabes que te he tenido
con secreto y con cautela,
porque mi tio (ha tirano!)
en ningun tiempo te viera
favorecida de mi,
pues su condicion opuesta
á la mia, resultara
en agravio mi fineza.
Esto asentado, tambien
sabes como mi prudencia,
con nombre de prima mia,
te ha traido; pues advierta
tu admirable discrecion,
que son prevenciones hechas
con grande acuerdo, y no acaso,
las que ves y experimentas.
Tambien sabes que he nacido
tan arrogante y soberbia,
que antes perderé la vida
que casarme, sin que vea
si el dueño que elixo tiene
igual la correspondencia;
porque Alexandro estar triste,
ser tan tibia su fineza,
que no le debo un cariño,
da muy claramente muestra,
que le pesa de dexar,
lo que de tomar le pesa.
Esto lo sabré mejor
haciendo tú la desecha;
y con aqueste capricho
veré si el Rey, quando llega,

se lleva de tu hermosura,
ó si descubre tibiezas,
que si adora en otra parte,
aunque disimular quiera,
facil será conocerlo.

Est. Pues cómo podrá mi lengua
decir finezas á un hombre,
que es logro de tu belleza,
y mas si acaso entendiendo
que soy yo su esposa, llega
á rendirme el alvedrio,
es facil que luego pueda
borrar del alma una cosa,
que se imprime con tal fuerza?

Dian. Eso es lo que yo deseo, *ap.*
mas yo saldré con mi empresa.
Ay, Estrella, que no sabes
donde me guia tu estrella!

Est. Digo, pues, que te obedezco,
aunque tan dudoso sea.

Dian. Tu retrato envié á Alexandro,
porque he de hacer de manera
que ha de conocer el mundo
si hay lealtad, donde hay nobleza.

Sale Alis. Ya por la posta ha llegado
el grande Alexandro. *Est.* Es fuerza
el salirle á recibir.

Salen Alexandro y Carlos.

Carl. No sé qué rara influencia *ap.*
se ha transformado en el alma,
que no me cabe en las venas,
no me parece que finjo,
segun mi sangre me alienta:
mas qué digo, estoy en mi?
Escusad la diligencia,
que quando el Alba pretende
recibir al Sol, ya llega,
porque sus rayos no dan
lugar un punto de ausencia:
qué peregrina muger!

Est. Qué deidad tan manifiesta!

Rey. Parece que mi accidente
con lo que intento se templa.

Carl. Solo á mi dicha faltaba
lograr vuestra Real presencia:
ya me iba á despeñar. *ap.*

Est. Bien, señor, tanta fineza
os merece la que viene
á ser esclava, no Reyna:
yo no sé lo que me digo: *ap.*
quién vió herida tan violenta!

Carl. Qué es esto que me sucede? *ap.*

Dian. Todo el corazon me lleva, *ap.*
sin poderme resistir:
ó, si la suerte quisiera,
que fuese este Caballero
digno:: *Est.* Quién á vuestra Alteza,
señor, viene acompañando?

Carl. Muy bien su valor lo muestra:
es el Condestable, Carlos.

Dian. Ya es mas dichosa mi empresa:
Cielos, si el Conde está libre!

Rey. Aunque es bella la Duquesa, *ap.*
este ignorado prodigio
me suspende las potencias.

Carl. Quién á su Alteza acompaña?

Est. Señor, es mi prima Estrella.

Rey. Confieso que me ha rendido,
no resisto su influencia. *ap.*

Carl. Sin alma estoy! no lo dudo,
mas son mis armas de cera.

Est. Que no estoy en mi confieso! *ap.*
mas es de mi dueño prenda.

Carl. Conde, besadle la mano
á Diana. *Rey* Quien pudiera,
sino es mi Rey, gran señora,
merecer tanta belleza?

Est. Y quién, sino su deidad,
vasallo en Carlos tuviera?
Merezca, señor, mi prima
besar vuestra mano, y tenga
parte en la dicha que gozo.

Carl. Si mereció ser Estrella
de vuestro Sol, puede haber
aplauso que no merezca?

Dian. En el nombre de Diana
el parabien á su Alteza
le doy de tan dulce empleo.

Carl. Ay si la verdad dixeras! *ap.*

Dian. Muy galán es, pero el Conde
me ha robado las potencias. *ap.*

Flor. Raras cosas estoy viendo! *ap.*

Sale Pil. Los cien escudos me cuestan
venir dado á mil demonios;
valgate el diablo por yegua,
y qual me ha puesto los huesos:
deme los pies tu grandeza,
si quiere que se los glose.

Rey Quita, necio. *Flor.* Sois Poeta?
Pil. Si lo soy, mas desgraciado,
que quanto escribo en mi Aldea,
si sale bueno, me dicen
que lo hurto; y es la fiesta,
que lo que no vale nada,
aunque de otro ingenio sea,
me lo atribuyen á mi,
con que me dan brava brega.
Flor. Pension es de los ingenios.
Pil. Y mas si el pobre Poeta
no está bien acreditado;
que si lo está, cosa es cierta,
que suelen sus boberías
pasar plaza de sentencias.
Est. Preciso será el descanso.
Carl. Vamos con vuestra licencia;
que aunque me abrasen sus ojos, *ap.*
no me han de herir sus centellas.
Est. Aunque me cerquen sus rayos,
les he de hacer resistencia. *ap.*
Alex. No es mucho dexar el Sol, *ap.*
si sigo aqueste Planeta.
Dian. Si parezco bien á Carlos, *ap.*
no es mi designio fineza.
Pil. Qué es esto? cómo, señor,
todos te llaman Alteza?
Carl. Disimula, porque importa.
Pil. Callaré como una piedra:
la muchacha es como un oro,
toco á embestir, que hay moneda.
Vanse entrando conforme van diciendo.
Rey. Para que conozca el mundo::
Carl. Porque el universo sepa::
Dian. Porque admiren las edades.:
Rey. Que su sangre al Noble alienta.
Carl. Que no hay amor si hay traicion.
Dian. Que hay lealtad, donde hay noble-
Est. Que sabré morir callando. (za.
Pil. Que si Dios no lo remedia,
ó yo sueño lo que miro,
ó todos no ven que sueñan.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Carlos, Astolfo, Alexandro, Aurelio Conde, y Pilon.

Rey. Este es Astolfo, señor,
el ingenio á quien celebra
el universo, por solo
en la medicina excelsa.
Este el Filósofo es,
cuya peregrina ciencia,
si de Hypócrates imagen,
es traslado de Avicena.
Este, á quien el Apenino
dió á beber en sus riberas
el desengaño en retiros,
y el asombro en eloquencias.
Este es quien viene á curar
tantas ocultas tristezas
como vuestra Magestad
padece, y á quien venera
por grande toda la Italia;
y ha sido grande fineza
no despreciar tu mandato,
quien todo un mundo desprecia.
Sus grandes melancolías
no le dan lugar que atienda
á que habeis venido, Astolfo;
pero al punto que lo advierta,
hallareis en su persona
Real la correspondencia.
Ast. Qué gallardo que es el Rey!
desgracia es que no lo sea! *ap.*
Señor, mucho sentimiento
tiene el alma de las nuevas
que me ha dado el Conde Aurelio
de tan terrible dolencia:
dadme á besar vuestros pies.
Carl. Astolfo, á mis brazos llega:
de todo estoy advertido, *ap.*
aunque es tan grande mi pena,
que no tiene semejante;
solo con miraros cerca,
si del todo no se quita,
parece que se me templa.
Yo he de perder el sentido *ap.*
con lo que Alexandro intenta.
Ast. Señor, esa es la aprension,
que como tiene su Alteza
hecho concepto en el alma,
que le ha de curar mi ciencia,
es tan poderoso el juicio
del bien, ó mal que se espera,
que hace efecto imaginado,
como si la verdad fuera.
Pil. Y si no, sirva este cuento,
como quien dice, de prueba.

La madre de un gran Doctor
cayó en Nápoles enferma
de una enfermedad, que nadie
llegó á entender su fiereza.
Los Médicos afamados
fueron con gran diligencia
á visitarla, cumpliendo
la urbanidad que profesan;
y viendo tan grande achaque,
poniendo en arcos las cejas,
decretaron, que no habia
en toda la humana ciencia
remedio á tan grande mal.
Pero replicó la vieja,
mi hijo me ha de curar;
y por dexarla contenta,
recetó algunos remedios,
y obraron de tal manera,
que cobró luego salud.
Y del mismo mal la suegra
del Doctor cayó al instante,
y le negó la asistencia,
diciendo: á mi madre es claro,
que lo que la dexó buena
no fue lo que receté,
sino el hallarla dispuesta
de la fé que en mí tenia,
con que gané fama eterna;
pero en mi señora es cierto
que va volada mi ciencia,
porque en su yerno jamás
tuvo fé ninguna suegra.

Carl. No ha sido la prueba mala.
Pil. Los mas suegristas lo aprueban.
Aur. Alexandro, señor mio,
qué transformacion es esta,
que aunque venero el precepto,
mi admiracion no sosiega?
Rey. Disimula, Conde Aurelio,
que no es ocasion aquesta:
Señor, declara tus males.
Carl. Ay Diana, y quien pudiera:: *ap.*
Pil. Raro capricho el del Rey!
y no habrá quien le comprenda?
Carl. Son de calidad, Astolfo,
los tormentos que me cercan,
que temo que han de matarme
si los pronuncia la lengua;
quitóme la vida el Rey, *ap.*
mas él viva, aunque yo muera.
Ast. Antes, señor, sin decirlos
no cabe en humana ciencia,
aplicar remedio alguno,
porque es la facultad ciega.
Carl. Pues si eso ha de ser, escucha:
diré lo que el Rey ordena. *ap.*
Pil. Sin duda que los Doctores
deben de hallar en las letras
licencia para matar,
porque matan con licencia.
Carl. Todo mi mal es tener
una profunda tristeza:
diré lo que siente el Rey, *ap.*
puesto que asi me lo ordena;
un aborrecer el Trono,
un morir con la grandeza,
un sentir, que la Corona,
si no me rinde, me pesa.
Los triunfos me dan fastidio,
fiero disgusto las fiestas;
la Magestad está en mí,
á pesar de mi prudencia,
segun lo que yo conozco,
como forzada, ó violenta,
desde que murió mi padre,
que pisa montes de Estrellas,
y yo tomé posesion,
como hijo de sus prendas,
empezó mi corazon
á sentir tanta tormenta;
por lo qual todo mi Reyno
tiene de mí justa queja,
viendo al paso que me amaban,
ordenando su fineza
regocijos á mi aplauso,
que se los pago en ausencia.
Por esta causa en Velflor
se detiene la Duquesa,
y por esta causa, Astolfo,
te he pedido que vinieras,
para que si tienes dicha
de librarme de mis penas,
te ponga yo, agradecido,
mi Corona en la cabeza.
Ya has oido mi desdicha,
y es la pasion tan severa
conmigo, que me es forzoso
retirarme, donde pueda

dar alivio al corazon,
porque en la carcel estrecha
tiene las exâlaciones
detenidas y violentas,
y viendose en el retiro,
las arroja, ó las ausenta.
Y asi, con Carlos podrás,
pues ya has oido mis penas,
consultar en los remedios
que piden con advertencia,
que de todo quanto siento
aun te dará mayor cuenta,
por haber comunicado
con él mis ansias adversas.
El es movil que me rige,
y aunque mi remedio sea
algo menos de imposible,
con él, Astolfo, lo ordena,
que remedio que pasare
por su mano, es cosa cierta,
que hará el efecto que piden
su lealtad y tu fineza. *vas.*
Rey. Qué bien lo dispuso el Cielo!
le dotó de gran prudencia.
Ast. Digno de eterno renombre
es el grande amor que os muestra.
Rey. Todo lo debe mi afecto.
Pil. De tan estraña quimera,
si no lo remedia Dios,
he de hacer una Comedia,
por si acaso quiere el Cielo
que á ninguna se parezca,
porque si parece alguna,
el desdichado Poeta,
por ladron de trazas, tiene
mucho peligro á la oreja.
Rey. Aurelio, ve con el Rey.
Pil. El demonio que os entienda.
Rey. Vete, Pilon. *Pil.* Ya me voy:
es esta Quinta Ginebra? *vas.*
Aur. Hasta saber lo que admiro,
confusa estará mi idea. *vas.*
Ast. Qué facil es el remedio,
quando está tan manifiesta
la causa que Federico
me dixo; y qué bien campea
en su sangre generosa
tanta noble resistencia!
Rey. Si conoce mi tormento,
grabaré en bronce su ciencia.
Ast. Condestable, ya que el Rey,
como el efecto lo muestra,
quiere que con vos declare
del dolor que le atormenta
la causa, el no haberle oido
lo atribuyo á providencia
divina, porque es de modo,
que no sé si me atreviera
á decirla cara á cara;
y aun es preciso os advierta,
que os ha de admirar de suerte
lo que mi juicio penetra,
que habeis de dar por perdida
sin duda su diligencia,
porque no ha de creer el Rey
lo que indican sus tristezas.
Rey. Pues Astolfo, has conocido
de donde su mal proceda?
Ast. Si mi ciencia no se engaña::
Rey. Pues decidlo, no os detenga
razon ninguna, que el Rey
obrará sin resistencia
quanto yo le propusiere.
Ast. Mucho decis. *Rey.* Cosa es cierta.
Ast. Pues escuchadme. *Rey.* Decid.
Ast. Aunque no sabe mi ciencia
su achaque, sin duda alguna
la razon es manifiesta
que Federico me dixo,
porque tanta resistencia
es efecto de su sangre,
esperanza hay en su pena.
Carlos, del Rey el dolor
me descubre claramente,
que padece el accidente
mas noble, y mas interior:
sin duda que su valor,
pues halla tan grave encuentro
en la grandeza, y tan dentro
me declara en tal estado,
que pues no está sosegado,
no debe de ser su centro.
No agradarle la Corona,
que tanto el mundo estimó,
parece que no nació
dueño de ella su persona;
y esta misma accion pregona
al resistir tanta Alteza,

de su sangre la fineza,
porque le avisa leal
á su nobleza, del mal
que marchita su nobleza.
Y sabed, que pudo ser
sucediese algun fracaso
al nacer, por cuyo caso
le trocasen al nacer;
porque tanto aborrecer
la gloria del gobernar,
solo, Carlos, se ha de hallar
en una sangre eminente,
que ignorando lo que siente,
siente para no ignorar.
Sin duda que hay heredada
nobleza en su corazon,
pues le avisa una traicion
su misma sangre ignorada;
porque no estar bien hallada
en el Solio, es evidente,
que allá tiene interiormente
alguna causa divina,
que avisándole, le inclina
á sentir lo que no siente:
esto es todo mi sentir.
Rey. Esto es sobrenatural.
Ast. De Alexandro es este el mal,
y asi lo podreis decir.
Rey. Pues qué podiá su persona
en este caso advertir?
Ast. Qué ha de hacer? restituir
á su dueño la Corona.
Rey. Pues cómo saber podrá
si hay legítimo heredero?
Ast. De su mismo achaque infiero,
que sin duda vivo está,
que su sangre no clamara,
si el sucesor no viviera,
que por digno se sintiera
sosegado, si faltara.
Rey. Porque tu ingenio alabe,
cómo podrá conocer
al Rey? *Ast*. Eso ha de correr
por el Cielo, que lo sabe;
quiera el Rey darle el Estado
á su Rey, quando le vea,
y dexe al Cielo que sea
árbitro de su cuidado;
y de aquesto la señal
ha de ser, y la evidencia,
que quando esté en su presencia,
se le ha de templar el mal.
Quién te diera la razon *ap.*
de que lo digo por ti!
Rey. Tan grande ciencia no vi!
habló con mi corazon:
Astolfo, á su Magestad
diré quanto has referido.
Ast. Pues atendedle advertido,
conocereis mi verdad,
que de ella ha de ser mas prueba,
Carlos, quando la digais
al Rey, si acaso mirais
que le da gusto la nueva.
Rey. Qué bien, Carlos, mi desvelo
se logra en vuestro favor, *ap.*
pues que me paga mi amor
con desengaños el Cielo!
Y aunque basta á mi lealtad
el desengaño que he hallado,
ha de buscar mi cuidado
mas fineza á la verdad. *vas.*
Ast. Fuese; y pues solo he quedado,
á Federico veré,
segun que con él traté
quando vino disfrazado:
esta sin duda es la parte
adonde tiene encubierta
de la mina oculta puerta
con maravilloso arte,
que en tiempo que el Rey vivia,
y aqueste sitio ocupaba,
por esta gruta gozaba
de su Violante algun dia.
Hecha con traza notable
esta boca, corresponde
á otro jardin, adonde
está ahora el Condestable.
Segura traigo la seña,
no se me puede perder,
porque la puerta ha de ser
enmedio de aquesta peña:
llamo, no venga Diana;
Llama con el pie, y muevese la peña.
ya el peñasco se movió,
que nada temo, sino
encontrar esta tirana:
escusaré estar con ella,

por librar á mi memoria
de acordarme de la historia
de mi desdichada Estrella.

Salen Estrella y Carlos, cada uno por su lado: Carlos con un diamante, y Estrella con una flor.

Est. Amado pecho mio,
libertad deseada,
venturoso alvedrío,
posesion siempre amada,
quién de tantas victorias te ha quitado
el laurel generoso que has ganado?
Carl. Corazon generoso,
quietud apetecida,
apacible reposo,
aliento de la vida,
quién, los triunfos que labran tu corona,
en cadenas convierte, y te aprisiona?
Est. Mas no lo digais, dexadme,
que ya dicen en mi pecho,
renovadas las heridas,
que está presente su dueño.
Carl. Ya es escusado decirlo,
que las cicatrices siento,
por estar cerca la causa,
que se me aumentan de nuevo.
Est. Este es el Rey: ay de mi!
qué le diré, quando advierto
mucho riesgo si le miro,
y si no, el de mi precepto?
Carl. Cielos, esta es la Duquesa:
cómo podrán mis afectos
al dueño de mi alvedrio
poderla hablar sin ser dueño?
Est. Si de Diana es el Rey,
y es fino y leal mi pecho,
cómo, si no es centro mio,
le miro como á mi centro?
Carl. El Rey aqueste diamante,
que es de la firmeza exemplo,
me manda que dé á Diana,
porque nunca el pensamiento
presuma tibieza alguna
en el dilatado empleo.
Est. Esta flor es de la Reyna,
que me obliga con imperio
que á Alexandro favorezca,
porque no imagine cuerdo
algo tibios los cariños:
deme mi valor esfuerzo.
Carl. Deme quien soy osadía.
Est. Hubo tan terrible empeño,
como buscar en las llamas
el huir de los incendios?
Carl. Hubo pena mas cruel,
como presentarme al fuego,
y que el riesgo de su furia
no me asegure del riesgo?
Est. Vuelvome, pues no me ha visto.
Carl. Pues no me ha visto, me vuelvo.
Est. Ha, pesar de la obediencia!
Carl. Ha, rigor de mi precepto!
Est. Esto ha de ser. *Carl.* Esto importa:
pero el Rey? *Est.* Pero mi dueño?
yo le llamo. *Carl.* Yo la llamo:
señora:: *Est.* Señor:: ya, Cielos,
se rinde todo el valor!
Carl. No en valde, Reyna, salieron
hoy tan fragantes las flores,
señora, si considero
la ventaja que conocen
en tan divinos luceros,
á la que del Sol reciben,
con la pension de que luego
que les da sus resplandores,
es tan escaso su esfuerzo,
que el tiempo mismo es testigo,
que les falta al mejor tiempo,
mas vos no sois de esa suerte,
que vuestro explendor excelso,
no solo excede en belleza
á ese Planeta soberbio,
sino que sus luces bellas,
firmes sus rayos serenos,
ni el Ocaso los sepulta,
ni los empaña el aliento.
Que con sentir lo que digo *Ap.*
me es fuerza oir lo que siento!
Est. Vuestra Magestad perdone,
que con su mismo argumento
le tengo de responder,
probando, que el lucimiento
de las rosas y las flores
solo se debe á su imperio.
Esta máquina florida,
este terrestre gobierno,
es imagen del Celeste,
en cuyo Real firmamento,

solo hay un Rey que gobierna,
los demas son los Luceros.
Estos reciben la luz
de sus brillantes reflejos,
mendigando cada uno
de su Rey el lucimiento.
Vos sois Monarca del Mundo,
de cuyo radiante fuego
á todos comunicais
resplandores; con que es cierto,
que á vuestra vista las plantas
reciban vida de nuevo.
Y yo que á vuestro favor,
mas que nadie experimento,
soy una Estrella que brillo
mas entre Planetas vuestros;
porque aunque mirais mis luces,
estad, gran señor, muy cierto,
que son los rayos prestados,
por estarlos recibiendo
de vuestra vista; y si faltan,
como nacen de su centro,
en el Ocaso ya dicho
hallarán su monumento:
ya me iba á despeñar. *ap.*

El Rey al paño, y al otro lado Diana.

Rey. Carlos está aqui, encubierto
le he de escuchar, que es Diana
con quien está. *Dian.* Ver pretendo
si está Estrella enamorada,
pues he llegado á buen tiempo,
que si lo está, se me logra
mucho mas fino mi intento.

Carl. Este diamante:: *Est* Esta flor::
Carl. Será señal:: *Est.* Será espejo::
Carl. De firmeza:: *Est.* En que veais::
Carl. La voluntad. *Est.* De su dueño.
Carl. Yo no busco recompensa.
Est. Ni yo recompensa acepto.
Carl. Yo le doy sin interes.
Est. En recibirle me ofendo.
Carl Ay, quien pudiera tomarle!
Est. Quien le diera el alma en trueco!
Carl. Pero primero es mi Rey.
Est. Es la Duquesa primero;
en dar la flor soy mandada,
mas en tomarle la ofendo.
Carl. Recibir favor no es justo,
en dar la joya obedezco.
Est. Ser del Rey favorecida,
es de la Reyna desprecio.
Carl. Favorecerme Diana,
del Rey ofendo el respeto.
Est. Luego no puedo tomarle?
Carl. Luego tomarla no puedo?
Yo os doy aqueste diamante,
mas ha de ser con pretexto
de no recibir la flor,
porque yo aqui no pretendo
saber vuestra voluntad,
que solo, señora, atiendo
que la mia conozcais:
y por mostrarla, os ofrezco
aquesta muestra, por ser
de tanta firmeza exemplo.
Est. Yo al daros aquesta flor
os imito en el intento,
que si no quereis saber
el debido amor que os tengo
al recibirla, fiado
en la lealtad de mi pecho,
y lo teneis por fineza;
qué razon hay, quando veo,
que de la fé haciendo alarde,
sacrificais el trofeo,
que no muestre el querer mas,
quando yo no os amo menos?
Rey. Que no reciba la flor *ap.*
de fino, leal y atento!
Dian. Que el diamante no reciba, *ap.*
por no empañar el respeto!
Rey. O sangre, y como me avisas!
Dian. O Real decoro, y Regio!
Carl Recibid, señora, vos
el diamante; quede, os ruego,
la flor en vuestra hermosura,
que mejor está en su centro.
Est. La flor habeis de tomar,
y aquese rayo de fuego
no salga de vuestra esfera,
que en mi corre su luz riesgo.
Dian Haré que tome el diamante.
Sale el Rey. Solo tiene este remedio.
Carl. Ea, venza yo, tomad.
Est. Vos me enseñais á venceros.
Dian. Diana, señora mia. *Rey.* Alexandro.
Carl. A qué buen tiempo,
Condestable, habeis venido!

Est. Qé á medida del deseo
has venido, Estrella mia,
porque el Rey y yo tenemos
una porfia amorosa,
que la ha de vencer tu ingenio.
Carl. Es la qüestion, Carlos mio,
de modo, que no prevengo
hallar remedio á la duda,
si no me dais el remedio.
Est. En señal de la obediencia
que he de tener á mi dueño,
le ofrecia aquesta flor.
Carl. Y yo, de firmeza exemplo,
este diamante ofrecia.
Est. Pero dándola, no acepto
dádiva al presente alguna,
qué es mi amor tan verdadero,
que un átomo de interes
empaña su lucimiento.
Carl. Yo sigo la razon misma,
y nos hallamos á un tiempo
despreciados los favores,
y rendidos los afectos.
Est. Y asi tú, Estrella, pues eres
el archivo donde tengo
el mayor tesoro mio,
con gran cuidado te advierto,
que me guardes esta flor,
para quando llegue el tiempo
que la reciba Alexandro,
como esposo y como dueño.
Carl. Yo, Carlos, lo propio digo,
vos sois de mi entendimiento
la parte mas estimada;
y pues que tanto os contemplo,
este rayo, dedicado
á los divinos incendios
de Diana, le guardad,
hasta, que como dice, el tiempo
llegue que se le ofrezcais,
como prenda que en su centro
deposita la firmeza,
que rinde un Rey á su Cielo.
Dian. Perdonadme, prima mia,
que aunque mas quiera tu ingenio,
en no tomar el diamante,
mostrar mas fino el afecto,
esa color no le quita
á lo que trae de despego.
Rey. Aunque no tomar la flor
sea un encarecimiento
digno de vuestra grandeza,
es menester mucho esfuerzo
para quitarle al desayre
las dudas que trae de serlo;
y asi, bien podeis tomarla.
Dian. Y asi, Diana, te ruego,
que recibas el diamante.
Carl. Halló salida mi ingenio. *ap.*
Est. De aquesta suerte saldré *ap.*
con el laurel que pretendo.
Carl. Yo me rindo á vuestro gusto;
y asi, tomando el consejo
de Carlos, que para amaros
ha sido norte, obedezco
vuestra voluntad, tomando
la flor. *Est.* Yo digo lo mesmo,
pues el diamante recibo,
mas ha de ser con pretexto
de que me le guarde Estrella;
porque aunque yo le respeto,
hasta veros desposado,
no me miraré en su espejo.
Carl. Pues yo de la misma suerte
este penacho de fuego
en Carlos le deposito,
para que quando el Imperio
los desposorios celebre,
sea Carlos el primero
que con aquesta señal
dé á entender al Universo,
que pudo tanto conmigo
la firmeza de mi aliento,
que no bastó tanto amor
á empañar tanto respeto.
Rey. Rara lealtad! *Est.* Ay de mi!
Dian. Aun lo que miro no creo!
Carl. Voyme con vuestra licencia,
para que disponga el Reyno
en Nápoles vuestra entrada,
que de la muerte el suceso
de mi padre, ha sido causa
la suspension; y asi os ruego,
que lo que es Regio decoro,
no atribuyas á despego.
Ya no puedo resistir, *ap.*
que es poderoso guerrero
con el que lucho, y conozco

que ya me falta el aliento!
Est. No es mi voluntad, señor,
ya mia, y asi no puedo
acciones de vuestro gusto
juzgarlas, pues solo debo,
sin exâminar designios,
venerarlas por aciertos.
Sin alma voy. *Carl.* Yo sin vida.
Est. Murió mi valor y esfuerzo.
Carl. Huyendo voy del peligro. *vas.*
Est. Aun no he de sanar huyendo. *vas.*
Rey. Yo premiaré tu fineza. *ap.*
Dian. Tu lealtad sabrá el Imperio. *ap.*
Mirad, Carlos, que esa flor
es prenda:: *Rey.* Ya yo lo entiendo.
Dian. De Diana. *Rey.* Ya lo sé:
pues qué me dices con eso?
Dian. Que mireis mucho por ella.
Rey. Pues cómo dudaré hacerlo,
siendo prenda de Diana,
y favor de mi Rey siendo?
Mas si este lazo divino
fuera de vos, en el centro
del alma le recibiera.
Dian. Yo, que á Diana venero
tanto como á mi, aseguro,
que si conozco el aprecio
que haceis de la flor, que sea
grande el reconocimiento.
Rey. Pues si es la flor de Diana,
cómo podrán mis alientos
estimarla como agena?
Dian. Mi dicha consiste en eso.
Rey. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?
Dian. Sí, que es prenda de Diana.
Rey. Vive Dios, que no os entiendo.
Dian. No basta que yo me entienda?
Rey. Si en eso os sirvo, yo ofrezco
sacrificarme á este lazo,
aunque siempre con respeto,
porque es el favor del Rey.
Dian. Pues me amais? *Rey.* Con el silencio
solo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo;
pero mirad que el diamante,
que en vos es corto lucero,
es de Alexandro. *Dian.* Qué importa?
Rey. Es que si en rendir mi afecto
en esta flor os agrada,
amad el diamante os ruego,
porque solo eso será
de mis ansias dulce premio.
Dian. No sabeis qué es de Alexandro?
Rey. Mi dicha consiste en eso.
Dian. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?
Rey. Sí, que es prenda de Alexandro.
Dian. Digo que yo no os entiendo.
Rey. No basta que yo me entienda?
Dian. Si en eso os sirvo, yo ofrezco
sacrificarme á la joya,
aunque siempre con respeto,
porque es favor de la Reyna.
Rey. Pues me amais? *Dian.* Con el silencio
solo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo.
Ay, Estrella, que por tí *ap.*
me gano, quanto me pierdo!
Rey. Ay, Carlos, que por servirte, *ap.*
es mas para mí, lo menos!
Quedad con Dios, que algun dia
sabreis si es fino mi pecho.
Dian. Idos, Carlos, que ese dia
quien estima mas veremos:
serás firme? *Rey.* Es el diamante
de cera para mi afecto:
y vos lo sereis? *Dian.* La vida
me falte si no he de serlo.
Vanse: y salen por la puerta de la mina Astolfo y Federico, por donde se hundió la otra vez Astolfo.
Ast. Esto, Conde, ha pasado.
Fed. Asi le dais alivio á mi cuidado.
Ast. Pues sus rayos Apolo
ha retratado ya, y el jardin solo
está, puedes gozar de su frescura.
Fed. No fue poca ventura,
(ó Astolfo peregrino!)
no conocerme Aurelio en el camino,
con que lo disfrazado
me valió, y el venir siempre apartado:
ó si quisiera el Cielo,
que te pueda pagar tanto desvelo,
como tienes por mí! mas tu tristeza
se le debe á tu sangre y tu nobleza.
En fin, q̃ mi Alexandro te ha agradado?
Ast. Quiẽ eres, su persona me ha mostrado,

Carlos es valeroso,
mas es el Alexandro mas brioso.
Fed. Carlos es mas galan, sin duda alguna,
ó si no baraxara su fortuna;
mas pues el Rey murió, con tu persona
juzgo que le he de ver con su Corona.
Ast. El pliego le dió Carlos á tu hijo.
Fed. Porq̃ no falte á ser quien es me aflijo.
Ast. No te aflijas, sosiega el desconsuelo,
que el Cielo mira, y es piadoso el Cielo:
y con tu licencia ahora
me voy, por si el Rey atento
me llama para sus males,
para que no me eche menos;
á Dios. *Fed.* El vaya contigo;
y pues sabes el secreto
de la mina, siempre puedes
entrar, que Alisio está dentro
prevenido, por si llamas,
pues ves el raro instrumento
que tiene, porque ninguno
pueda jamas conocerlo,
y asi te aguardará siempre.
Ast. Dios te logre tus intentos. *vas.*
Sale Pilon, y habrá una rexa en el jardin, y Flora hace seña con un pañuelo.
Pil. Sin duda que esta es la rexa,
segun la seña que hicieron.
Flor. Es Pilon? *Pil.* Y tan de azucar,
que te seré de provecho,
si te quieres conservar.
Flor. Cien años ha que te espero.
Pil. O Flora del alma mia!
gracias amor que te veo,
que algo habian de poder
seis mil papeles de versos.
Fed. Gente ha entrado en el jardin,
irme á la mina no puedo
sin ser sentido: estos ramos
me defiendan encubierto.
Flor. No he podido resistirme
de venirte á ver, sabiendo
que merece mucho mas
un hombre de tanto ingenio.
Pil. La verdad es que lo soy,
y es grande señal de serlo
ver, que hablar un disparate
me cuesta grande tormento.
Fed. Este es Pilon, escucharle
divierte mis pensamientos;
es un rayo, tambien tiene
su poco de galanteo.
Flor. Pues yo, Pilon, soy muger,
que no me pago de aquellos
que tienen gran voluntad,
y muy poco entendimiento:
busco yo un hombre que sea
galan, valiente y discreto,
que hombre bobo, para nada
no es posible que sea bueno,
porque le falta de alma,
lo que le sobra de cuerpo.
Pil. Eso buscas? pues escucha,
y verás que tu deseo
jamás pudo apetecer
mas digno y dichoso empleo,
como el que miras. *Flor.* Por qué?
Pil. Yo no soy Poeta? *Flor.* Es cierto;
pero que lo seas, ó no,
qué se puede sacar de eso?
Pil. Qué se saca? pese á mi alma!
pues no es constante que en serlo
consiste que sea galan,
que sea valiente y discreto?
Hay Poeta que no haga,
aunque se lo niegue el Cielo,
todas sus prendas perfectas,
como le pinta el cerebro?
No hace las manos de nieve,
no hace de oro los cabellos,
no son rosas sus mexillas,
no es alabastro su cuello?
pues has de poder hallar
mas cabal ningun sugeto?
Y en quanto á la valentia,
hay quien iguale en esfuerzo
á su valor, quando está
una batalla escribiendo?
Verasle asaltar castillos,
cortar mallas, rajar yelmos,
vencer guerras, dar batallas
en desafios y en cercos.
Allí le verás dexar
un toro cosido al suelo,
acá venciendo un gigante,
allá de heridas cubierto.
Aquí derribando un Turco,
acá sujetando un Reyno;

allí entre el humo y el polvo,
aquí entre la sangre y fuego.
Allí cercado de flechas,
aquí acosado de perros,
allí le prenden rendido,
aquí se escapa soberbio.
Flor. Tente, Pilon, has perdido
el juicio? *Pil.* Nada es aquesto
para el valor que profesan.
Flor. Eso no es valor, que es viento.
Pil. Todo es de la mesma suerte;
y digo, Flora, su ingenio
hay quien pueda competirle?
Flor. Eso conoceré, viendo
que le haces de repente
á mi hermosura un bosquejo.
Fed. Ay rato mas sazonado!
Pil. Si le haré, y ha de ser nuevo,
que no he de pintarte yo
al uso de aquestos tiempos.
Por qué, dime, he de llamar
hebras de oro á tus cabellos,
quando sabe todo el mundo,
que son raices de muertos?
Por qué diré á tu cabeza
lo que dixo el otro necio,
que era un archivo de ciencias,
si es toda cascos y sesos?
Por qué he de entrar en tu frente
á pintarla, conociendo
que tiene tantas entradas,
que no he de salir, si entro?
Qué haré con llamar tus ojos
estrellas, rayos, luceros,
si al cabo son piel delgada,
agua clara, sangre y pelos?
Llamar rosas tus mexillas,
no es disparate, sabiendo
que en quitando la color,
es un poco de pellejo?
Hubo tan gran desatino,
como querer un ingenio,
que la nariz de su dama
fuese el Monte Pyrineo,
que entre la Francia y España
divide nevado Puerto,
quando sabía que era
chimenea del Infierno
donde el tabaco vendia,
humo, polvo, barro, y cieno?
Y dime, Flora, tu boca
es caxa de algun platero,
que la ha de quajar de perlas,
puesto que todos sabemos
que hay dentro de ella una lengua,
tabas, encías, y huesos?
Y dime: por qué razon
quieres que diga que hicieron
torneada tu garganta,
llamándola marfil terso,
que al beber se transparenta,
si has de conocer que miento,
pues sabes que se compone
de cogote y de pescuezo,
y que es la calle del trago,
y la puente del sustento?
Sale el Rey. Qué apacible está el jardin!
Pil. Gente viene, yo despejo:
á Dios, Flora, que otra vez
acabaré tu bosquejo. *vas.*
Flora. Vete muy en hora mala
con tu retrato al Infierno. *vas.*
Rey. Parece que siento ruido,
mas puede ser que sea el viento.
Fed. Este es mi hijo Alexandro.
Rey. Quándo han de querer los Cielos
que halle un fixo desengaño
para logro del deseo?
Ay, Carlos, lo que me debes!
Fed. No alcanzo, como está lejos,
á penetrar lo que dice,
y aunque está obscuro, no puedo
irme sin que sea sentido,
porque los árboles secos
tienen por lengua las hojas,
que me han de hacer descubierto;
pero por aquesta parte::
Tropieza, y se vuelve á esconder.
Rey. Quién está aqui? *Fed.* Yo soy muerto
si me descubre Alexandro.
Rey. Diga quien es, ó este acero
abrirá boca, por donde
descubra tanto silencio.
Fed. Hubo tan grande desdicha!
mas ya dió salida el Cielo.
Rey Ola, luces: no responde?
Fed. No es engaño lo que intento,
sino último camino

que hallé para tanto riesgo.
Rey. Diga quien es. *Fed.* Si diria::
Va andando hácia la mina poco á poco.
Rey. Válgame todo mi esfuerzo!
Fed. Tu padre soy, Alexandro,
en este sitio padezco,
el por qué, ya tú lo sabes,
vuelvele á Carlos su Reyno,
y me volverás á ver
feliz, alegre y contento. *hundese.*
Rey. Padre::
Sale Pilon con un hacha encendida.
Pil. Señor, ya las luces::
Rey. Válgame Dios! qué es aquesto?
si es ilusion lo que he visto?
si es fantasma lo que advierto?
Pil. Quién, señor, ha sido:: *Rey.* Aparta.
Si fue verdad? si fue sueño?
sin duda fue fantasía,
porque no sentir el pecho
ningun horror, es señal
muy evidente de serlo.
Mas cómo puede engañarme?
no conocí sus acentos,
no ví el bulto penetrarse
por esa peña, diciendo,
y me volverás á ver
feliz, alegre y contento?
Este no es gran desengaño?
podré encontrarle mas cierto?
Sí, que aqueste puede ser
fantástico sentimiento:
otro aviso he de esperar,
aguardar otra vez tengo;
y si vuelve, verá el mundo,
cumpliendo con lo que debo,
que su sangre al Noble avisa,
para que asombre su exemplo.
Pil. Y verá el mundo tambien,
que segun lo que estoy viendo,
no hay locos en todos el mundo,
como Alexandro y mi dueño.

JORNADA TERCERA.

Salen Carlos y Pilon.

Carl. Dexame, Pilon, morir,
que ya veo conjurados
contra mí todos los Cielos:
ya de ese Planeta quarto
se despiden rigorosos
tanto diluvio de rayos,
que un etna soy encendido,
que le vuelvo los que exâlo.
Pil. Señor (esto va perdido!)
qué tienes? *Carl.* Ay Alexandro!
ay Diana! ay mi desdicha!
Pil. Todo su juicio ha volado:
Carlos, señor, dueño mio.
Carl. Ay, Pilon, que no soy Carlos!
Pil. No eres Carlos? pues quién eres?
Carl. El hombre mas desgraciado
que conoció el Universo,
pues el tormento que paso
es de modo, que no tiene,
si no muriendo, descanso;
y asi, dexame morir.
Pil. Señor, hay nuevos encantos
que asi te obliguen? qué tienes?
no te fias de un Criado?
Carl. Nada reservé de tí;
y asi, aunque tu ingenio raro
no puede en esta ocasion
ser, como en otras, al caso,
previniéndote que sabes
el capricho de Alexandro,
sin que yo pueda entender
sus intentos soberanos,
escuchame, por si puedo,
á pesar de mi cuidado,
hallar, diciendo la causa,
la muerte por el atajo.
Pil. Por atajo morir quieres?
pues no miras que el atajo
es donde fundó Narvaez
de la destreza el amparo?
Carl. Esta mañana, Pilon,
por ese postigo falso,
que á las riberas conduce,
por breve senda de ramos,
si no del Pó caudaloso,
de mas ameno retrato,
inducido del calor,
tan de mañana fui al baño,
que aun el Sol no daba señas
de comunicar sus rayos,
en un sitio de esmeraldas,
hermosa estancia del Mayo,
tan bien texido, que apenas

registrar dexa su espacio,
formé tienda de campaña,
cuyo pavellon de ramos,
fue de tantas confusiones,
y tanto rigor teatro.
La música de las aves
la venida festejaron
del Alba, que esta vez quiso
en una carroza al campo
darle nuevos resplandores,
y envidia á la que aguardaron.
A media tinta la luz
huía el Planeta gallardo,
comunicando á las flores,
y como tarde llegaron
sus rayos, viendo otro Sol,
sin poder disimularlo,
se le puso de corrido
todo el semblante encamado.
Llegó la carroza al rio,
y despues que los caballos
quitó el cochero, y dexó
seguro el terrestre barco,
salí del agua, y haciendo
celosías de los ramos,
logré la mayor ventura
que vieron ojos humanos.
De entre las cortinas bellas
salió un prodigio tan raro
de hermosura, que imagino,
que á no tener deslumbrado
con su vista mi discurso,
fuera arrojo temerario
pintarla, y el no tenerle,
es la disculpa que hallo
de arrojarme á conseguirlo;
porque en esta empresa hallo,
que discurrido el intento,
no pudiera del espanto.
Era una dama: ay de mí!
y dos que la acompañaron
comienzan á despojarla,
y amor la ocasion logrando,
iba en su aljaba poniendo
todo quanto iban quitando.
Del propio cayrel desatan
todo un Abril, todo un Mayo,
cuyo aparador de flores
dió fragancia á todo el campo:
y de advertencia las damas
la despojan de los lazos,
que los llevaba de mas,
con tanto asombro de rayos.
Para componer el pelo,
tal vez no ponia manos
en las trenzas, sí azucenas;
mas no dixe bien, quajados
de cristal jazmines eran:
intento, en fin, soberano,
aunque su nieve no pudo
apagar incendio tanto.
Una media mascarilla,
á pesar de su recato,
me dió licencia que viese
en un bruñido alabastro
un clavel, que si le abria,
eran los tesoros tantos
que descubria en su centro,
que es advertencia el dexarlos,
por no ofender lo divino
con un borrador humano.
Al despojarla un justillo,
que cerraban seis penachos,
alamares de diamantes,
descubrió el bello milagro
la candidez de la nieve;
pero como se encontraron
los ampos y los luceros,
archeros son del recato,
por defenderla disparan
tanto diluvio de rayos,
que peligrara la vista,
á no ser su intento en vano,
pues ya yo estaba sin ella
quando las flechas llegaron.
Y mirándose tan bella
en los cristalinos campos,
dixo: guardense los hombres;
cubrióse, y pasó al calzado:
aqui no tuve que ver,
porque aunque los ojos, argos
del deseo, procuraban
hallar los pies, era en vano,
que mas que la vista eran
sutiles, y no hay hallarlos.
De alabastro un cendal cubre
el prodigio mas gallardo
que puede fingir la id a;

y viéndose con recato
en brazos de las dos damas,
llegó al rio á darle abrazos,
y él parece agradecido,
que la dixo: estoy ufano,
madre de amor, pues que veo
que no se te habrá olvidado,
que de mis blancas espumas
fuiste venturoso parto.
Luego de los Ruiseñores
alabanzas se escucharon,
celebrando su belleza,
y me dieron tal asalto
con el acorde harmonía,
que como estaba mirando
tanta hermosura rendido,
y era tan suave el canto,
si dura mas, me convierto
en viva estatua de marmol.
Salió del agua, y entonces
las dos Ninfas la esperaron
en un cambray, que fue concha,
adonde el Alba llorando
nectares, perlas llovió
por gozar el agasajo.
Fue servida del vestido,
y me pareció escusado
ofrecersele las damas;
porque si amor la juzgaron,
por qué vedan lo desnudo,
si conceden lo vendado?
Hicieron señal, y al punto
que vinieron los caballos,
parte el coche, yo le sigo,
sin duda alguna juzgando
era este bello prodigio
de los muchos que han llegado
á partir con la Duquesa
á Nápoles, y reparo
era su misma carroza.
Veola entrar en Palacio,
y con cautela registro
quanto pasa: voy al quarto
de Diana, y conocí
ser la que vide en el baño,
la que me quitó la vida,
la que rendido idolatro,
la que no puedo servir,
por ser prenda de Alexandro;
la que miro como á Reyna,
la que venero, notando,
que será esposa de un Rey,
y que yo soy su vasallo.
Este es, Pilon, mi tormento,
pues no basta haberme dado
la muerte la vez primera
que la vi, sino los Astros,
siempre para mí crueles,
con nueva ocasion me han dado
motivo para que muera,
ó viva desesperado.

Pil. Rigurosa es la ocasion
para aumentar tus cuidados,
porque ver:: quiero callar,
que para estarte escuchando,
es menester mucha cuenta,
para que no coma el diablo.

Carl. Ay de mi! *Pil.* Mira, señor,
porque veas al contrario
tu suceso con el mio,
has de saber que buscando
alguna ocasion de ver
á Flora, por quien me abraso,
en un cancel me escondí,
que tiene puesto en su quarto,
tan ajustado con él,
que era figura su espácio:
queria yo ver mi dueño
á un candil de garabato,
andar á caza de pulgas,
que fuera grande regalo,
que tambien tiene el candil
su estimacion en Palacio.

Carl. Quieres callar? *Pil.* Oye, pues,
que tiene sazon el caso.
Era ya la media noche,
al tiempo que oigo unos pasos,
como quando algun pison
asienta algun empedrado:
y entendiendo ver á Flora,
padecí terrible engaño,
porque venía una dueña
en dos chapines tan altos,
que dudé si este demonio
venía á acostarse en zancos.
Colgó un candil, y cerró,
y luego se fue quitando
una pieza de mortajas;

y asi que llegó á los paños
menores, yo no sé como
no eché las tripas de asco.
Descubrió un costal de tabas,
y dixo medio llorando:
Que haya yo quedado tal,
despues de tantos regalos!
Ven acá, triste de tí,
vieja de todos los diablos,
qué cuenta has de dar á Dios
de haber vivido cien años
sirviendo aquesta fantasma,
sabiendo que no hay Christiano
que no haga penitencia
alguna por sus pecados?
O, si permitiera Dios
que ahora viniera Malco,
y me diera en esta cara
una bofetada, quanto
me alegrara! Jesus mio,
por vuestro amor lo pasara.
Ea, mi Dios, permitidlo,
merezca yo sentir algo
de lo que vos padecistes:
no me escuchais? con quién hablo?
en fin, quereis que me cueste
sin esta merced? pues vamos
á dormir en el Señor.
Apenas lo dixo, quando
la doy tan gran bofetada,
que fueron, señor, rodando
vieja, chapines, bufete,
velador y garabato.
La Dueña, vuelta en Leon,
decia á voces: borracho,
en los infiernos lo penes,
perro, traidor, sayonazo:
Señor, yo tengo la culpa,
mas no lo digo por tanto.

Carl. Que siempre has de hablar de bur- (las!

Pil. Sí, mas son burlas de manos.

Carl. Dexame solo, Pilon,
y trae de escribir recado,
que he discurrido que es bien
dar un papel á Alexandro,
pidiéndole que me dé
licencia para de tantos
laberintos retirarme,
porque en su presencia hallo
que no he de poder pedirla.

Pil. Señor, dixo un Cortesano,
que el que mira un imposible,
y muere por alcanzarlo,
ó tiene un poco de loco,
ó mucho de mentecato.
Aqui está la escribanía,
yo voy á saber si acaso
se le ha quitado á mi dueña
la pesadumbre con Malco.

Sientase Carlos en una silla, que estará junto á un bufete.

Carl. No es acertado escribir,
padezca yo, y Alexandro
no conozca en mí flaqueza,
y mas que haria reparo
en ello, pues era fuerza
conocer prudente y sabio
la ocasion de mi retiro.
Rendido estoy, ocupados
de la pena mis sentidos,
parece buscan descanso
en el sueño: ay imposible!
cómo sin vos he de hallarlo?

Duermese, y sale Flora.

Flor. Este es el quarto del Rey,
y por mandado de Estrella
le traigo aqueste papel:
ó, ruego al Cielo que pueda
darsele, sin que Diana
por ningun caso lo entienda!
El secreto me encargó,
temerosa de la Reyna,
y yo se le he de guardar,
que no son todas parleras
las que sirven, aunque siempre
las mas de este mal flaquean.
No hay nadie en toda la quadra,
vana fue mi diligencia;
pero no, que en una silla
el Rey está, llego cerca;
mas si no me engaño, duerme,
el despertarle no fuera
acertado, yo le pongo
aqui el papel, porque pueda
leerle quando despierte,
que en su mano es cosa cierta
que le dexo bien seguro,

porque no habrá quien se atreva
á quitarle: fui dichosa
en hacer la diligencia. *vas.*

Sale el Rey por otra puerta.

Rey. No he visto en todo hoy á Carlos,
y mi corazon se queja
de ingrato, quando padece
un breve instante de ausencia.
Que estaba, dixo Pilon,
para escribirme con pena,
para mi un papel, sin duda
que retirarse desea
del empeño en que le he puesto,
por ignorar él mi empresa.
Dormido está, no parece
que padece las tormentas
que tengo en mi corazon,
pues tan gustoso sosiega.
Ya tiene escrito, pues miro
que cerrado el papel, muestra
que es para mi el sobre-escrito:
su intento enviarmele era,
y por no haber quien le lleve,
se durmió con la tristeza.

Quitase el sombrero, y se arrodilla.

Carlos, señor, dueño mio,
no hay en ocasion como esta
menor Criado que yo;
y si aguardais á quien pueda
darsele á Alexandro, aqui
tiene, señor, vuestra Alteza
quien adelanta rendido,
preceptos que no le ordenas;
que pues en lance como este
no resiste la obediencia,
sin duda es mi Rey, pues hallo
alivio en solo tenerla.
Yo le abro; mas qué miro!
aqui firma la Duquesa
de Mantua; qué es esto, Cielos!
yo me engañé, porque ella
le tiene por Alexandro;
oh, quanto un acaso yerra!
Pues cómo, si está en su mano,
cerrado estaba? qué apriesa
me avisa mi noble sangre
de su pecho la fineza!
Claro es que el no estar abierto,
fue una noble resistencia,
muy debida al Real decoro
que este caso manifiesta;
porque si abierto le hallara,
era dar á las sospechas
de poca lealtad indicios,
y en él no caben ofensas;
pues no abrirle fue lealtad,
fue respeto, fue grandeza,
fue valor, fue discrecion,
y fue finalmente prueba
de ser su sangre un cristal,
que lo Real manifiesta.
Verdad es, que yo pretendo
que ame á Diana bella;
mas esto, como él lo ignora,
aunque muera de sus flechas,
está mostrando su sangre
quien es en la resistencia;
y asi, con sola esta accion,
averiguado que tenga
amor á Diana, es digno
de la Corona suprema.
Vuelvo á cerrar el papel,
que por ser de la Duquesa,
aun fuera en mí mas delito
que en Carlos, si le leyera.
Como tan recien cerrado,
aun no se rasgó la nema:
vuelvo á dexarle en su mano,
corrida el alma, que tenga
color de ofensa una cosa
que se hizo sin ofensa.
Veré encubierto, si Carlos
descubre algunas centellas,
quando despierte de amor,
que se logra en conocerlas
el cariño: mas ayroso,
mas gustosa la fineza:
ya despertó. *encubrese.*

Carl. Qué fantasmas
he soñado? qué quimeras?
sobre que miraba yo
que la Corona suprema
de Alexandro, mi señor,
adornaba mi cabeza!
qué terrible desatino!
antes mil veces yo muera.

Rey. Ha, hijo del gran Rodulfo,
qué bien descubres sus prendas!

Eso que miras en sueños
has de ver en evidencias.
Carl. Pero qué papel es este?
Pilon puede ser que sea
autor de aqueste embeleco,
algo pide su agudeza.
Alexandro dice, quiero
abrirle; pero qué fuera
que le enviase Diana?
ya por sola esta sospecha
fuera traicion el abrirle.
Y asi, pues dicen sus letras
que es para Alexandro, yo
se le he de dar á su Alteza,
y sea de quien se fuere.
Rey. Hubo tan clara evidencia!
Lo que yo habia presumido
ordenó el Cielo que vea,
dormido se le traxeron,
segun el caso demuestra.
Carl. Verdad es que el Rey me dió
la muerte en ver á la Reyna,
mas no la ofendan mis ojos,
que no importa que yo muera.
Rendido estoy, es verdad;
pero antes que se atreva
mi vista á mirar al Sol,
empañando su pureza,
me daré mil veces muerte.
Hoy pediré al Rey licencia
para retirarme, donde
jamás mire á la Duquesa,
aunque si está ya en el alma,
el huir qué me aprovecha,
si donde quiera que vaya,
la he de llevar dentro de ella?
Ay, Diana! ay, Alexandro!
Rey. Carlos? *Carl.* Señor, V. Alteza
me de los pies. *Rey.* Son los brazos
aun para vos corta esfera:
qué teneis, que me llamais?
Carl. Señor, no es mucho que tenga
á vuestro nombre en los labios,
que están en el alma impresas
las mercedes que me haceis,
y al faltar la Real presencia,
todo es decir, Alexandro
es alma de mis potencias.
Rey. Bien disimula: es papel? *ap.*
Carl. No he sabido cuyo sea,
para quien es él lo dice,
vuestra Magestad le lea.
Rey. Aunque dice aqui Alexandro,
es para vos; no hay quien sepa
que sois Carlos: ea, abridle,
y parece que la letra
es de muger; no le abris?
qué haceis? no rompeis la nema?
Carl. Señor, cómo he de atreverme,
si fuese de la Duquesa?
Rey. Qué importa, si yo os lo mando?
Carl. Solo puede la obediencia
obligarme, gran señor,
á leerle. La Duquesa::
estais ahora contento?
será bien que yo le lea?
Rey. Si lo estoy; leedle, pues.
Carl. Pues dice de esta manera;
por venerar sus designios, *ap.*
no los culpo de imprudencia.
Lee. A Nápoles, por casarme,
vine, y pido á vuestra Alteza
me vuelva á Mantua, que yo
soy forzada en esta empresa:
perdonadme el desengaño,
que es mi suerte tan adversa,
que aunque yo os quiero querer,
ella no quiere que os quiera.
Otro amor, señor, os llama,
intentele su grandeza;
porque le aguarda Diana,
solo para ser Estrella.
Esto que dice de suyo,
conocerá, quando vea
que muda de parecer,
si hay lealtad en la nobleza.
Rey. Misterioso está el papel, *ap.*
lo que penetro concuerda
con lo que me dixo á mí
estando con la Duquesa,
de que no podia amar
al Rey; sin duda son quejas,
viendo en Carlos lo remiso,
de esta suerte se remedia.
Carl. Y qué hemos de hacer ahora?
señor, dexa lo que intentas,
pues dice que no me quiere,
bien claramente lo muestra:

No mirais que me aborrece?
declaraos, dad licencia
que yo la diga á Diana
quien soy. *Rey.* Suspended la lengua;
antes ordeno que al punto
volvais cariñoso á verla,
y la deis satisfaciones
no tibias, sino de veras.
Haced cuenta que sois Rey,
presto pasará esta fuerza,
que antes que acabe su curso
hoy ese quarto Planeta,
vereis este laberinto
sin confusion, sin tinieblas.
Esta experiencia me falta,
haced la ultima fineza,
porque habeis de conocer,
que aunque os pongo en la tormenta,
á lo mucho que debeis
no habeis de hallar recompensa. *vas.*
Carl. A lo mucho que debeis
no habeis de hallar recompensa?
claro está que no he de hallarla,
que son muy cortas las fuerzas
de un vasallo, y quanto hiciere,
nada es paga, sino deuda.
Volveré á ver á Diana
con amor y reverencia,
que he de vencer por mi Rey
tanto harpon y tanta flecha.
Vase: canta dentro una voz, y sale por una puerta Estrella, y por otra Astolfo, con un pañuelo, que se pondrá en los ojos á su tiempo.
Cant. El valeroso Guillermo,
honor y amparo de Mantua,
derrotado y mal herido
se sale de la batalla.
Est. Siempre que escucho esta historia
se me parten las entrañas.
Ast. Ay de mi! qué es lo que escucho?
ya noto quan señalada
fue mi tragedia, pues veo
que en otro Reyno se canta!
Cant. Huyendo de su enemigo,
lleno de mortales ansias,
le despeñó al Apenino,
dando fin á sus desgracias.
Est. Qué dolor! viven los Cielos,
que si en el lance me hallara,
que como leona, á quien
los cachorrillos la faltan,
y viendo que en todo el monte
hallar no puede la causa
de su dolor, herizando
la rubia melena, arranca
los árboles, que á su furia
son aristas delicadas;
asi yo en el homicida,
Belona de la campaña,
hiciera tan grande extremo,
que diera asunto á la fama,
á que en bronces esculpiera
mi valor, y la venganza.
Ast. Es verdad que el Apenino
me recibió, mas sus aguas
fueron sagrado á mi vida;
pero tercera vez cantan.
Cant. Y á la sin ventura Estrella,
por hija de este Monarca,
la puso el cruel Rugero
el cuchillo á la garganta.
Ast. Ay dulce y querida hija! *llora.*
veinte años ha que me faltas,
y otros tantos ha que estás
dando tormento en el alma!
Jardinero, no prosigas.
Est. Villano, no cantes, calla.
Ast. Pues quién sois, señora mia,
que puede esta historia amarga
causaros tan gran disgusto?
Est. No conoceis á Diana?
Ast. Válgame Dios! y aun por eso
la dió disgusto escucharla,
que no quiere su delito
oir nadie cara á cara.
No quiero mirarla al rostro,
que puede ser que al mirarla
retrato de mi enemigo,
dé el último aliento el alma.
Perdonad, Duquesa ilustre:
ilustre dixe? se engaña *ap.*
la lengua: el no conoceros. *de rodill.*
Est. O qué venerables canas!
levantad: sois vos Astolfo,
á quien celebra la fama?
Ast. El mismo soy. *Est.* Pues decid::
Ast. Temblando estoy de mirarla.

Est. Qué teneis con esa historia,
que tanto dolor os causa?
Ast. Qué tengo? haber conocido
á Guillermo en sus desgracias;
fui compañero en sus males,
y quedóme tan grabada
en el corazon su pena,
que lloro en solo escucharla.
Est. A Guillermo conociste,
cuyas ilustres hazañas
aun no ha podido la envidia
del cruel Rugero borrarlas?
Tú aquel varon conociste,
á quien, sin ninguna causa,
le quitaron la Corona,
y con la vida, la fama?
Tú fuiste su amigo acaso?
pues cómo, dime, te tardas
en pedirme que te dé,
padre, en albricias el alma?
Ast. En albricias? pues, señora,
no has dicho que eres Diana?
Est. Es verdad. *Ast.* Pues si lo eres,
la Magestad cómo engaña?
Rugero no es vuestro tio,
quien al gran Duque de Mantua
le despojó de su Reyno,
dió muerte á toda su casa,
mató todos sus parciales,
alteró todas las plazas,
hizo que se despeñase,
y dando fin á su rabia,
mató la luz de una Estrella,
heredera de su casa? *llora.*
Est. Tanto lloras? *Ast.* Y aun es poco
dar la vida, si repara
mi atencion, en que mostrais
que os pesa de sus desgracias,
quando miro de Rugero,
que sois una viva estampa,
y que teneis heredado
el nombre de ser tirana.
Ya lo dixe, la razon
no dió lugar á templanza:
mas qué miro! Cielo santo, *ap.*
en el rostro de Diana
veo estampado el de Estrella,
si las señas no me faltan.
Est. No sé qué tiene en el rostro, *ap.*
que aunque arrojado me habla,
sin atender á la ofensa,
me enternecen sus palabras.
Respondo por la Duquesa,
que su virtud soberana
le respondiera lo mismo,
si en este lance se hallara,
como noté muchas veces,
tratando este caso en Mantua.
Astolfo, no puede ser,
que aunque es Rugero mi tio,
que tenga yo mi alvedrio
libre de su proceder;
en mí es preciso tener
parte alguna en su traicion?
No puede mi corazon,
viendo tan grande fiereza,
obrar como su nobleza,
y dexar su inclinacion?
Y por eso no es Diana
en su Imperio soberano,
aunque se le dió un tirano,
como habeis dicho, tirana:
es apacible y humana,
y vereis esta verdad,
en que viendo la amistad
que con Guillermo has tenido,
os ofrece agradecido
su pecho la Magestad.
Ast. De dos cosas admirado
estoy, quando aqui os asisto:
la una, de haberos visto,
y el haberos escuchado.
En veros miro un traslado,
que es de Guillermo testigo,
y en escucharos consigo,
que si mi amigo viviera,
en vuestra Magestad viera
una hija y un amigo.
Una hija, que fue Estrella,
que el gran Príncipe perdió,
que niña conocí yo,
y os pareceis mucho á ella:
amigo hallara, pues bella
descubris vuestro valor,
pues que sentis el rigor
de tanta adversa fortuna;
y asi, sin duda ninguna,
se halla todo en vuestro amor.

Est. Que en efecto conociste
á Estrella? *Ast.* La conocí;
siendo muy niña la vi.
Est. Y dónde, Astolfo, la viste?
Ast. En Palacio: ay de mi triste!
Est. Y á mí se pareció Estrella?
Ast. Fue por extremo muy bella.
Est. Mucho me da que entender
no saber quien me dió el ser, *ap.*
y ser parecida á ella.
Si acaso el Cielo guardó
mi vida? mas es quimera,
aunque no lo dudo mucho
del aliento que me lleva.
Si la virtud de Diana
acaso:: que te despeñas,
imaginacion, detente,
pues que te tiro la rienda.
A Astolfo veré despacio,
porque miro en su presencia
una deidad ignorada,
á quien mi atencion respeta.
Astolfo, volved á verme,
porque quiere mi grandeza
tratar con vos muchas cosas. *vas.*
Ast. No he de poder, aunque quiera,
dexar de serviros siempre.
Volvióme el alma de cera,
no dudara ser mi hija,
si no la hallara Duquesa:
confuso estoy de haber visto
que se parezca á mi Estrella,
si no es que se me han borrado
de su hermosura las señas.
Quiero ver á Federico,
pues solo con darle cuenta
de lo que pasa, le templo
algo el rigor de sus penas,
y aun de las mias tambien,
pues de la mina tan cerca
estoy; pero Carlos viene,
encubrirme será fuerza
detras de aquestos jazmines,
mientras pasa. *Sale Alex.* Ya desea
mi corazon ver á Carlos,
que conozca mis finezas.
Aqui fue donde mi padre,
si no me engañó la idea,
se me apareció en las sombras,
y no he de hallar, aunque quiera,
avisos mas evidentes;
pues aunque yo no tuviera
mas desengaño, que verme
sin el rigor de mis penas,
me bastara solamente.
Ast. Qué es lo que Carlos intenta?
sin duda que sabe el sitio
de la mina, pues en ella
se ha parado; pero escucho,
que está confusa la idea,
hasta saber qué pretende,
porque yo no sé que sepa
que tiene á su padre vivo.
Alex. O si los Cielos quisieran
que Federico volviese!
Ast. No penetro lo que intẽta. *Al.* Federico.
Debaxo alis. Llega, Astolfo,
que la mina está dispuesta.
Alex. Cielos, qué es esto que escucho!
Ast. Que soy yo sin duda piensa.
Alex. Astolfo, aguarda, qué es esto?
Ast. Salir aqui será fuerza,
y declararle el secreto,
pues no hay riesgo en que lo sepa
Carlos. *Alex.* Confuso me hallais.
Ast. No sé yo, Carlos, quien sea
el que tiene de los dos
mas confusion, quando llegan
á mis oidos las voces
de estar en vuestra presencia:
á Federico llamais?
Alex Es tan terrible la pena
de su muerte, que en estando
solo, el amor que me alienta,
todo es decir: Federico.
disimulo; y de esa peña *ap.*
oí una voz que me dixo:
llega, Astolfo, que dispuesta
la boca está de la mina,
y el alma duda qué sea.
Ast. Vuestro padre no fue el Conde?
Alex. Asi el alma lo confiesa.
Ast. Pues si os criasteis con él,
la mina no se os acuerda
que tiene aqueste jardin?
Alex. Nunca me dió parte de ella.
Ast. Pues mirad, no esteis confuso,
nada, Carlos, os suspenda.

Federico vuestro padre
no murió, porque le encierra
esta gruta, desde el dia
que se publicó la nueva
de mi venida; porque
regido de mi prudencia,
llegó desde el Apenino,
adonde por su nobleza
él se habia retirado;
y aquella carta secreta
que vos disteis á Alexandro,
fue para Rodulfo, y esta
declaraba como sois
de la Corona suprema
de Nápoles sucesor;
y por esta razon mesma
os dixe yo de Alexandro
la causa de sus tristezas,
porque ya habia Federico
dadome de todo cuenta.
Alex. Pues cómo, saber pretendo,
de la Corona suprema
puedo ser yo el heredero?
Ast. No os dixe, si se os acuerda,
que os trocaron al nacer?
y en la carta daba cuenta
de todo al Rey, Federico,
y jamás de él se supiera;
pero como murió el Rey,
y quedó su hijo, intenta,
ayudado de mi industria,
ver si la grande nobleza
de Alexandro, restituye
la Corona á tu cabeza.
Alex. Hubo tan gran desengaño! *ap*.
Y esta mina adonde llega,
que nunca á mí quiso el Conde
decirmelo? *Ast*. Tiene hechas
debaxo hermosas estancias.
Alex. Pues para que mejor pueda
lograr mi padre su intento,
si acaso tiene otra puerta
la mina, llama á mi padre.
Ast. Pues qué es, Carlos, lo que intentas?
Alex. Ya lo sabrás, que he de hacer
que todos los Orbes sepan
el valor de Federico.
Ast. Pues voy, con vuestra licencia,
por la otra puerta á llamarle. *vas*.
Alex. Sabrá el mundo mi nobleza.
Raro caso! Vive Dios,
que fue, con toda evidencia,
mi padre el que la otra noche
se valió de la cautela
de difunto, porque asi
no conocerle pudiera.
Sale Aur. Qué haces, señor, desta suerte,
quando la flor de tu Reyno
á las puertas de la Quinta,
á pesar de tu precepto,
quieren entrar? *Sale Carl*. Alexandro,
de Mantua todo el Imperio
está poblando los campos,
á grandes voces diciendo
que donde está su Duquesa,
porque como se volvieron
sin verla casar, sospechan
algun contrario suceso,
y asi mira lo que intentas.
Sale Pil. Cuerpo de Christo, qué hacemos?
á toda Velflor nos cercan,
que presumen que te has vuelto
Minotauro, como estás
en el laberinto puesto.
Sale Dian. V. Magestad, señor, *á Carl*.
como prudente, y tan cuerdo,
remedie estos alborotos.
Alex. Abrase la Quinta, Aurelio.
Y Diana dónde está?
Sale Est. Confusa en ver tanto estruendo.
Alex. Entre Nápoles y Mantua.
Carl. Lo que esos dicen te advierto.
Dent. Hable Carlos por nosotros,
diga que se queja el Reyno
de que no ven de su Rey
la Magestad y el Imperio.
Carl. Esto es, señor, que desean,
logrando tu casamiento,
verte en público gustoso.
Dian. Qué escucho? válgame el Cielo!
luego Carlos no es el Rey?
Alex. Oidme todos atentos.
Napolitanos valientes,
de la tristeza mi exceso
nacia de que no era
de vuestra Corona dueño;
hijo soy de Federico,
esto lo sé por muy cierto:

Carlos es vuestro Monarca,
del gran Rodulfo heredero;
por acaso nos trocaron,
cuyo admirable suceso
sabreis en Nápoles todos;
y asi, yo soy el primero
que la obediencia le doy.
Carl. Dudando estoy lo que advierto.
Alex. Decid todos: viva Carlos.
Aur. Quién ha de dudar de hacerlo,
si sois el interesado?
y asi, diga todo el Reyno:
Viva Carlos. *Todos.* Viva Carlos.
Est. Ya murió todo mi aliento!
Alex. Ea, gran señor, ahora
conocereis mis intentos.
Dian. Hubo tan grande prodigio!
Pil. Parece casa de Griegos.
Est. Cómo vuestra Magestad
no se declara? teneos,
porque yo no soy la Reyna.
Dian. Sí lo es; oid atentos.
Al paño Astolfo y Federico.
Pil. Ya escampa, y llovian ladrillos.
Dian. Mantuanos Caballeros,
y Napolitanos nobles,
Alexandro, cuyo esfuerzo
con esta accion ha dexado
cautivo mi entendimiento:
yo soy la misma Diana,
sobrina del cruel Rugero,
que tiranizó el Estado
al infelice Guillermo:
mató todos sus parciales::
Ast. Qué escucho? válgame el Cielo!
Dian. Y habiéndole dado muerte,
buscó rabioso y sediento,
para quitarle la vida,
al prodigio que estais viendo.
Esta es Estrella, Mantuanos,
hija del grande Guillermo,
que la guardó mi lealtad
para volverla su Reyno.
Ast. No me engañó á mi la vista.
Fed. Cómo no mata el contento?
Est. Es de tal suerte la dicha,
que ya no cabe en el pecho.
Alex. Aun falta mas. *Aur.* Pues qué falta?
Alex. Que salga á vista del Pueblo
mi padre, el gran Condestable,
pues se retiró, temiendo
no le costase la vida
revelar este secreto,
como testigo de vista,
por ser el autor del trueco.
Sale Fed. Asi es verdad, yo
fui la causa del suceso,
que por dar gusto á mi Rey,
sin prudencia y sin acuerdo,
causé el yerro que mirais,
con fin tan dichoso y bueno;
mas aun falta otro prodigio,
y es, que el Príncipe Guillermo,
Duque de Mantua, está vivo,
dadle la obediencia luego,
pues la concedeis á Estrella.
Tod. Si damos. *Sal Ast.* Pues ya Guillermo
está presente, vasallos,
que veinte años encubierto
estuve en el Apenino,
hasta que quiso el decreto
de Dios, que el gran Federico
fuese norte á mis aciertos.
Est. Ay padre del alma mia!
Ast. Ay hija de mis deseos!
Fed. Ay hijo, flor de lealtad!
Alex. Ay padre, de quien la heredo!
Carl. Por un Reyno que me dais,
os quiero dar otro Reyno;
Mantua es ya vuestra, Alexandro,
de Diana dulce empleo,
aunque fuera poco un mundo,
Alexandro, á lo que os debo.
Dian. El Estado que dexé,
me da mejorado el Cielo.
Carl. Dichosa la Monarquía
que tiene vasallos buenos!
Estrella, aquesta es mi mano.
Est. Y la mia, dulce dueño.
Alex. Yo se la doy á Diana.
Dian. De mi lealtad es el premio.
Pil. Yo tambien caso con Flora.
Carl. A Nápoles, Caballeros.
Pil. Y Tomás Manuel aqui,
si le perdonais sus yerros,
que al Noble su sangre avisa,
dirá al mundo, para exemplo.

FIN.